

Señoras, señores, amigos todos. Muchas gracias por asistir a esta meditación introspectiva que me ha invitado a declamar el Abad de la Cofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno, el Abad de todos nosotros, mi Abad. Gracias a todos ustedes, asistentes, ilusionados y asombrados, del milagro que son las Vísperas, una época del año en la que todo se va acercando y en la que casi damos por pasado lo no llegado.

Antes de seguir, les pido disculpas si mi verbo no es florido y la dicción imperfecta. De hecho, soy ligeramente tartamudo; si en algún momento me trabo en el discurso, será el Señor el que me ayude a continuar y a obtener su indulgencia. No me ha llamado el Nazareno, ¡no como a otros y a otras! por ese camino de la rima medida, perfecta, florida, enardecedora, que excita los sentimientos y reconforta los corazones. No soy tampoco un experto en historia, en arte, en costumbres, en doctrina... Es por eso que esta humilde disertación se basará únicamente en aquello que me es más propio: lo vivido.

Oviedo no es Ciudad de Semana Santa, como León, pero allí nací y viví mi infancia de niño asmático en una casa húmeda, orientada hacia el norte; una casa desde cuyas ventanas se divisaban la falda del monte Naranco y los jirones de una niebla perenne y pesada que ocultaban la cima de la montaña y se dejaban caer por la ladera 9 meses al año. El viento del Cantábrico, la lluvia perenne y su consecuente humedad tomaban posesión de mis pulmones y transformaban los bronquios en fuente de silbidos agudos, de ahogos letales, de toses profundas, cavernosas, que auguraban una existencia efímera, al menos penosa, para este niño permanentemente enfermo. A mí León, me salvó la vida. Mis tías y mi abuela maternas vivían en León y aquí me transportaba mi madre en cuanto podía disfrutar de dos días de fiesta en el colegio de los Escolapios de Oviedo. Yo fui uno de esos miles de asturianos que venían a León “*a secar*”. Fue mano de Santo, aquí me tienen.

Por supuesto, la Semana Santa era uno de esos periodos sanadores, curativos. Desde la acera contemplaba las procesiones y mis tías me explicaban, con sus maneras de viejas mujeres de pueblo, los misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. Era papón de acera, afortunada expresión que he tomado prestada, y que describe a aquellos que, sin vestir túnicas y taparse con capillos, viven la Semana Santa con la *jondura* y la *jartura* propias de lo que se conmemora: hace casi 2.000 años, Jesucristo, el hijo de Dios, sufrió tormento y murió crucificado para que el Hombre recibiera de Dios el perdón por sus pecados y la Vida Eterna. Sí, fui papón de acera hasta que, a fuerza de insistir y de insistir y de insistir, mis tías cedieron y, en contra de la opinión de mi madre, me hicieron papón; de los negros, por supuesto.

Vuelvo a darles las gracias por acudir a escuchar la disertación de este inmigrante, un bárbaro del Norte en el fondo, un salvaje de más allá del Muro. Alguien sin tradición semanastera, que no ha vivido una infancia de túnicas colgadas en las puertas, de procesiones de la mano de su padre. Una infancia sin misa de domingo de Santa Nonia, ausentes en la cuaresma los sonos de las cornetas en parques y plazas, sin fotos del Nazareno y de la Dolorosa enmarcadas a la cabecera de la cama.

En efecto, este Hermano no puede presentar un pedigrí de honda tradición dentro de esta Cofradía. No puedo lucir sobre mi corazón el escudo morado de mi abuelo ni pude vivir, ilusionado, impaciente, temeroso, mi primera puja bajo la almohadilla que antes había ocupado el hombro de mi padre. No obstante, se lo aseguro, mis credenciales son insuperables: fue Jesús Nazareno el que me llamó, fue el Nazareno el que me dijo: ¡Ven, acompáñame!. El Nazareno me miró de hito en hito con esa mirada suya, irresistible; se dirigió a este pequeño papón de acera

y eso le bastó para que me uniera al resto de sus hijos en esta cuatro veces centenaria Compañía para proclamar, con la certeza del converso y la pasión del cruzado que Dios, durante unas horas, cada Viernes Santo, se hace madera en Santa Nonia.

Porque yo sé, no es que lo crea, sé que El que sale, atravesando la verja de esta antigua capilla de los siervos de María, año tras año, a hombros de sus braceros, no es sólo una figura portentosa del barroco español. Es el mismo Dios el que sale sonriente para que sus hijos, incluso aquellos que le niegan durante todo el año, se estremezcan y sientan, al menos por un día, que Dios, en verdad, existe.

¡LEVANTAOS HERMANITOS DE JESUS QUE YA ES HORA!

Constancia, no la virtud, sino mi tía Constancia, con la que vivía en una pequeña buhardilla interior del número 4 de la calle San Pedro, ubicada frente a la antigua parroquia, cada Viernes Santo, año tras año, decía haber escuchado el toque de la ronda.

Al despertarme, siendo yo un niño, en la amanecida del Viernes Santo, me decía, para urgirme, mientras tiraba de las sábanas: *“Chiguito, venga, arriba, que llegamos tarde, ya ha pasado la Ronda”*. Las legañas seguían turbias, cosidas en mis pestañas, mientras bajábamos los peldaños de madera vieja pero crujiente, aún viva, de esa casa fría, gélida en la que transcurrió lo mejor de mi infancia. En mi mano derecha agarraba la Cruz, negra como el hábito, orgulloso de mi estampa de papón en ciernes; la otra mano era Constancia quién me la estrechaba con la fuerza que proporciona el amor enfebrecido hacia ese sobrino que ella veía como el hijo que nunca tuvo.

Constancia nunca me llevó a Santa Nonia por el camino más corto. Era tan grande su satisfacción en la que, seguro, era para ella la mañana más grande del año, que recorríamos medio León hasta que llegábamos a la capilla en la que ahora mismo nos encontramos. Quería disfrutar de ese momento el mayor tiempo posible para poder, meses después, añorarlo y anhelarlo a la vez. Saborear de nuevo ese recuerdo, en otro tiempo, en plena canícula quizás, como si lo estuviera viviendo; con los ojos cerrados, la carne estremecida, los ojos llorosos.

Al llegar a Santa Nonia, yo ya sí, oía el toque de la esquila, la corneta y el tambor destemplado a la salida del Paso de Nuestro Padre Jesús Nazareno. Y en ese momento se confirmaba, empíricamente, que Constancia, ciertamente, había sentido, en su duermevela, el toque de la Ronda. Era ese el momento, nunca antes, en el que me metía en las filas, ya con el capillo puesto. Lo más cerca posible del Paso.

Fue ya más tarde, con el bloqueo racionalista de la adolescencia, cuando llegue a una convicción desoladora: era imposible que mi tía hubiera escuchado el toque, ¡y mucho menos el canto! de la Ronda. En un piso tercero, interior, al que no llegaban los ruidos de la calle, más allá del canto de los gorriones y los estorninos que habitaban el patio trasero de lo que hoy es la Asociación Leonesa de Caridad, en Plaza de la Puerta del Obispo.

Constancia, ya mayor, viviendo sus últimos años, mientras me colocaba los tablones de la túnica, ya desprovistos de los hilvanes que los mantenían erguidos, equidistantes, inmutables durante todo el año, seguía afirmando cada mañana de Viernes Santo haber escuchado el toque de la Ronda y yo, sin desdecirla, la miraba con esa sonrisa ladeada, sardónica, perdonavida con la que los escépticos ilustrados miramos a aquellos tocados por la gracia de la ilusión.

Hoy, con 56 años y ya desengañado de casi todo, soy yo el que escucha cada madrugada de Viernes Santo, esté donde esté, ese canto antiguo que me transporta a un momento de mi vida en el que la ilusión por lo extraordinario, la credulidad en lo imposible, la ausencia total de desconfianza en lo sobrenatural, me hacían más feliz y, sobre todo, mucho más libre. Y es que, en el fondo, lo único que le es propio a uno mismo, a lo largo de toda su vida, son sus recuerdos.

¡LEVANTAOS HERMANITOS DE JESUS, QUE YA ES HORA!

Durante años, muchos años, entendí el significado de esta frase de la forma más obvia, de la forma en que la entendía Constanza: *“Hermano, levántate ya, prepárate para la procesión. Ponte la túnica, cíñete el cíngulo, coge el capillo, no te olvides de los guantes y acude a tu puesto en la Cofradía”*.

Eso es lo que hacen más de 2.500 Hermanos de Jesús Nazareno cada madrugada del Viernes Santo. La luna del Parasceve anuncia en lo alto la Pascua mientras las siluetas antiguas, anacrónicas, de los nazarenos de Jesús Nazareno se apresuran, aceleran el paso, transitan por las calles ahora silentes, vacías a la espera del seguro bullicio, parece que olvidadas del siglo, en busca de su penitencia.

Porque es la penitencia y sólo la penitencia, la consciencia del Hombre de ser un pecador; es la posibilidad abierta por nuestro Padre Jesús de la salvación eterna del alma, de la trascendencia; es la necesidad que tiene el hombre de pedir perdón, de solicitar ayuda, de reconocer su pequeñez ante la inmortalidad, lo que explica la existencia de las Estaciones de Penitencia, de las procesiones penitenciales como la nuestra, a lo largo de más de cinco siglos; su persistencia, a pesar de la inquina, las agresiones, las persecuciones sufridas en siglos pasados y en el momento actual.

Fue en Trento, entre los años 1.545 y 1.564. En esa pequeña ciudad del norte de Italia, se celebró un Concilio decisivo en la Historia de la Iglesia y de las Cofradías. Con el objetivo de reafirmar la doctrina y el dogma católicos frente al avance de la herejía protestante, se animaba a los fieles laicos a formar asociaciones religiosas llamadas cofradías y a salir a las calles a expresar su fervor religioso acompañando a imágenes de Jesucristo y de su Madre. Estas imágenes debían además ser veneradas en las Iglesias. Se estableció asimismo que las buenas obras, como la Caridad y la Penitencia, acumulaban méritos ante Dios.

Caridad y Penitencia. Recordemos estas dos palabras. Caridad y Penitencia, unidas de forma inseparable desde el siglo XVI.

No es un absurdo pensar que los fundadores de nuestra Cofradía bebieran en las enseñanzas de Trento cuando decidieron fundar la Corporación. Parece aún más evidente cuando sabemos que se establecieron, parece que a finales del siglo XVI muy poco después del fin del Concilio, en un Convento de Dominicos, orden fundamental para el desarrollo y la fijación de las conclusiones del mismo. Fueron, de hecho, los padres dominicos de la escuela de Salamanca, los que establecieron en Trento la doctrina básica de la penitencia como camino de salvación a los ojos de Dios: La conciliación de la acción de la Gracia divina con el ejercicio del libre albedrío.

La experiencia de la Pasión de Cristo, el reconocimiento público de uno mismo como pecador y la solicitud íntima del perdón de los pecados. Eso y sólo eso nos justifica y nos explica como hermanos de Jesús Nazareno y papones de su Cofradía.

Curiosa dicotomía la de una procesión del siglo XVII en el siglo XXI. De un lado el espectáculo callejero que atrae por lo extemporáneo. De otro, la introspección del penitente. Dos caras de una misma moneda, aparentemente imposibles de conciliar pero, aún así, inseparables. Una lucha constante en la que siempre debe ganar lo íntimo.

La parte íntima de la procesión penitencial, de esa estación de penitencia propia, personal, única para cada hermano, está siempre justificada por circunstancias que sólo él papón conoce y que a nadie importan, salvo a Dios. Anónimo, tapado, silente, oscuro, descalzo, el papón de Jesús Nazareno se encuentra a sí mismo mientras busca la presencia de un Dios que se manifiesta en la conciencia de ser un pecador y en la seguridad de la redención por el ejercicio de la penitencia. Alejados de los ruidos de la sociedad actual, reducida la visión por el capillo que sólo permite mirar al frente, tamizada la audición por la lana gruesa del capillo, agobiado por el peso del paso, rilado por lo destemplado del amanecer marceño, el nazareno del Dulce encuentra un momento propio, profundo, único quizás en el año, para reflexionar sobre sí mismo, sobre su relación con el prójimo y, sobre todo, con Dios.

El anonimato del nazareno le priva del engrimiento y la vanidad. Vestido de negro, el hermano pone de manifiesto su luto, su dolor por la muerte del Nazareno y por los pecados cometidos en su nombre. El emblema, morado, como signo de penitencia. Al ceñirse el cingulo recuerda el Misterio de la tortura escogida por un hombre, que resucita manifestándose como Dios en toda su grandeza, para la redención de toda la Humanidad. El programa catequético, la enseñanza teológica que dicta en sí mismo, por su propio comportamiento, con su sola presencia, el nazareno de la Cofradía a la que pertenecemos, nos obliga y nos compromete. Frente a nosotros mismos y frente a quien nos contempla, con frecuencia, en búsqueda del fallo. Porque hermanos, seamos conscientes de que, de alguna manera, si nosotros fallamos es, para otros, el Nazareno el que falla.

Esto lleva siendo así cuatrocientos siete años. La primera Regla no deja lugar a dudas ni resquicio para la justificación:

- Todos los hermanos debían asistir a la procesión con cruces a cuestas y un rosario en la mano.
- Las túnicas serían negras, sencillas, sin adornos, abalorios, botones, cintas o bocamangas.
- Durante el trayecto procesional estaba prohibido descubrirse, llevar chinelas o medias de color.
- Se prevenía silencio y compostura, bajo la pena de una libra de cera, que se hacía efectiva en el acto, despojando por ejemplo del capillo, al infractor, motivo que le obligaba a abandonar la procesión, ya que esta pieza, era imprescindible para garantizar el anonimato del penitente.

Nada, o poco, ha cambiado. La esencia del Hombre se mantiene invariable desde el principio de los tiempos. Porque en el fuero interno de cada ser humano anida la conciencia del pecado, la incallable voz de la conciencia. Porque los artificios de la tecnología, la inteligencia, el conocimiento, el racionalismo tomista de lo concreto, no modifican aquello que en el continuo espacio-temporal en el que nos movemos desde el principio de los tiempos, se ha revelado como inmanente: el Hombre necesita, en el fondo de su corazón, sentir que Dios le quiere, le perdona y le acoge.

Lo siento Hermanos, siento ser aguafiestas a tan pocos días de la gloria, pero pretextos como la tradición, la costumbre, el folclore, la familia, una almohadilla, la economía de la ciudad, el turismo, el arte, la historia, la fiesta, no son motivos para vestirnos la túnica de Hermanos de Jesús Nazareno. La túnica no es un disfraz, un hábito festivo. Es la expresión de un compromiso teológico, de una actitud penitencial. Lo dejaron muy claro Buenaventura de Valdés y sus siete cofrades en la primera Regla que funda la Compañía: *“Es el objetivo servir a Dios Nuestro Señor y a honra y gloria del Santísimo Nombre de Jesús Nazareno”*. Y así sigue hasta el día de hoy.

¡LEVANTAOS HERMANITOS DE JESUS, QUE YA ES HORA!

Fue recientemente cuando empecé a darle vueltas a la polisemia de esta frase breve, rotunda, directa, concreta: de esta saeta que se dirige directa al sentimiento del Cofrade que la escucha.

No sabemos la pragmática que originó la construcción de la frase pero a mí, hoy, su semántica me suena a una orden, a un mandato a la acción: *¡Levantaos que ya es hora!* Levantaos, Hermanos del Nazareno, cristianos todos, hacia la acción en defensa del ser humano como creación absoluta de Dios. Nos ha tocado vivir en una sociedad dominada por la Dictadura del Relativismo, tal y como la definió el Santo Padre, Benedicto XVI: una sociedad que no reconoce nada como definitivo y que deja sólo como medida última del bien y el mal al propio yo y sus apetencias. Una Sociedad en la que se impone la tiranía del más fuerte en perjuicio de los más débiles, de los que tienen menos recursos.

Ante esta realidad dramática de nuestra época, que significa el triunfo desolador del Superhombre de Zaratustra, es el propio Benedicto XVI el que nos da el antídoto para liberarse de esa tiranía: la Caridad, Porque la caridad en acción es la garantía de credibilidad de la verdad del cristianismo y del cristiano. La primera expresión de esa verdad básica es la prioridad del servicio, de que no podemos mirar para otro lado ante el sufrimiento y la miseria de los hombres y las mujeres del mundo.

Es quizás éste, un buen momento de aclarar **MI** diferencia entre Cofradía y Hermandad. Dos palabras que, siendo sinónimas, en el fondo, presentan, **EN MI OPINION**, matices que las distinguen y que las complementan.

La Hermandad es el conjunto de todos los Hermanos unidos en la fe a Jesucristo y su Santísima Madre, sustentada esta fe en las imágenes de su devoción; un grupo de personas que comparten creencias, objetivos, caminos, credo, Fé, y que se agrupan con el objetivo de actuar dentro de la Sociedad en general mediante tres herramientas fundamentales: Honrar y exaltar a sus Titulares a través de los Cultos, proporcionar a sus hermanos formación en cristiandad y ejercitar la Caridad.

La Cofradía en cambio es la Hermandad militante. Es el culto externo esencial de la Hermandad y la concreción religiosa de la devoción de los hermanos hacia esas imágenes titulares acompañándolas en el ejercicio de una catequesis pública que facilita, a su vez, el ejercicio de la penitencia de los cofrades.

La procesión del Viernes Santo es Cofradía. Las misas (de los domingos, de la Fiesta de la Exaltación, de los Hermanos difuntos), el triduo, el reparto de palmas, el besapiés a Nuestro Padre, las reuniones de braceros, la convivencia con los hermanos que viven fuera de León, la Saca, las Juntas Generales, la bolsa de trabajo, esta disertación cuaresmal, los conciertos solidarios... son actos de la Hermandad. Son Hermandad.

Volviendo a Trento, la Cofradía es un instrumento que facilita el ejercicio de la Penitencia; la Hermandad lleva a cabo la Caridad, entendiendo ésta de acuerdo a su definición etimológica: *"virtud de amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo"*.

Es la unión entre la Cofradía y la Hermandad lo que resulta en el círculo virtuoso que facilita la acción redentora. La brillantez de la Cofradía es lo que atrae en un primer momento: la suma de elementos artísticos que configuran la cofradía, la procesión, produce un brillo cegador que atrae a cualquier persona mínimamente sensible.

La combinación de estímulos para los sentidos que es la Procesión de los Pasos impacta de una forma insuperable, posiblemente única: imágenes apabullantes de Cristo doliente, condenado, muerto; el contraste con la algarabía de la música y los adornos de flores, abigarrados, vivos, confirmación de una primavera recién nacida; el diálogo antitético entre el color negro del mar de papones que sostiene y sirve del contrapunto al oro, la plata, la caoba, el bordado que forman los altares que pujan (porque eso son los pasos, no lo olvidemos: altares de culto externo para el Señor y su Madre); el perfume complejo, elaborado, penetrante, misterioso del incienso que esparcen los acólitos y que, delante del paso, cumple lo establecido en el Levítico: *"Después tomará un incensario lleno de brasas de fuego del altar delante del Señor y la nube del perfume cubrirá el propiciatorio"*.

¿Quién puede resistirse a la procesión de los Pasos? ¿Qué persona mínimamente sensible, no se siente conmocionada por tal combinación de sensaciones, impactos inverosímiles y elementos artísticos decantados, en combinación armónica, hasta el día de hoy, a lo largo de los siglos? Es, sin duda, la procesión, la Cofradía, la que atrae a ese niño, que hasta entonces ha sido papón de acera, hacia la Hermandad.

Pero, si es la Cofradía lo que te deslumbra, es la Hermandad lo que te seduce y te atrapa.

Es hora de hablar de mi amigo David. Un niño, casi ya un adolescente, que frisa los 14 años. Sus padres, junto a su padrino, le inscribieron en la Hermandad casi al nacer. La iglesia de su Hermandad ha sido testigo casi diario de estos 14 años de la vida de David. ¡Y no digamos los titulares de la Hermandad! En esa iglesia David se ha bautizado, tomado su primera comunión y en próximos días confirmará su fé. Sus hermanos cofrades le han educado en las enseñanzas del Catecismo, que no le dictan ya en el colegio.

Junto a sus padres acude, casi que diariamente, a conferencias, ensayos, reuniones, misas, cultos. Son sus amigos del Grupo Joven de la Hermandad los que le acompañan en el equipo de fútbol; junto a ellos asiste a proyecciones de películas de procesiones antiguas, en blanco y negro, que le permiten conocer la historia de su Hermandad y de la Semana Santa, consolidada y configurada en su estructura actual, por los que le precedieron. David es acólito de la Hermandad y colabora en celebraciones y cultos. Por sus venas corre la sangre de la música (por su padre y por su abuelo) y no se pierde ni uno sólo de los conciertos que, periódicamente, organiza su Hermandad. Ya ayuda en el equipo de montaje y al terminar uno de esos días interminables de preparativos en la Cuaresma no perdona el refresco, la tapa, el bocadillo que le regala su amigo Pepe, algo mayor que él, casi su hermano, con el que, ya en Semana Santa, de un lado a otro de la ciudad, en autobús, busca las salidas de las cofradías en los barrios.

Llega el verano y David se va con la Hermandad de Campamento, en Navidad es el primero en colaborar al montaje del Belén de la Hermandad. David distingue perfectamente el alba, el

cíngulo, la estola, la casulla, el amito y el manípulo. Y podría explicarnos sin dudar ni un instante el motivo de que hoy el sacerdote haya vestido casulla de color morado. Los viernes de Cuaresma, su hermandad le recuerda en los avisos de su teléfono móvil que es vigilia y lo que significa. Y la cumple y nos la hace cumplir.

David sabe, y si no lo sabe él, lo sabemos nosotros, los que le conocemos, que se tomará su primera cerveza en el bar de la Hermandad, junto a los que le quieren, quizás después de un día de Quinario. Que la primera mirada inquieta, de soslayo, tímida, a una muchacha, se producirá en la Hermandad, en una convivencia de Cuaresma. Sabemos que su primer beso adolescente le estremecerá de la mano de su primera novia en una calle estrecha yendo al encuentro de, quizás, una estación del Via Crucis de la imagen de la que los dos son devotos y que se reza en esa esquina, a la puerta de ese convento en el que compran los dulces de la cuaresma que después llevan, juntos, a los ancianos del Asilo.

Porque los dos, David y su primera novia, se vuelcan en la Caridad. A los necesitados, a los que tienen menos, que no tienen casi nada. A los olvidados, a los perdidos, a aquellos de los que nadie se acuerda, excepto su Hermandad.

Lo aprendieron dentro de la Hermandad. David, de bien pequeño, de su madre, que no se llama Caridad pero se llama Amparo. Con ella aprendió lo extraordinario, lo privilegiado de su situación al nacer dentro de una familia al que no le falta casi de nada. Y dentro de la Hermandad aprendió que la Caridad y la asistencia a los demás han de convertirse en la finalidad primordial de cualquier Asociación de fieles. Como dice el Papa Francisco: "*La Caridad es simple: adorar a Dios y servir a los demás!*" En la Hermandad, en el Catecismo recibido dentro de la iglesia durante tres largos años, todas las semanas, a David se le clavaron, en la mente y en el corazón las palabras, siempre claras y directas, de Jesucristo:

"Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria entonces se sentará en su trono de gloria. Separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Entonces dirá el Rey a los de su derecha: "Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme." Entonces los justos le responderán: "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; o sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos; o desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte?" Y el Rey les dirá: "En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis."

David, en la Hermandad aprendió a ejercer la caridad. Ayuda en las tómbolas que se celebran para obtener recursos, reparte comida junto a sus amigos a las familias necesitadas de su feligresía, se coloca a las entradas de los supermercados pidiendo a sus clientes los alimentos que después serán repartidos. Colabora en las Caravanas solidarias, en los ensayos solidarios. Todo sea por la Caridad.

David estudia, se divierte, se ríe, vive la Hermandad, hace Hermandad y práctica la caridad. Su vida, sin su Hermandad, sería mucho más triste, fría, solitaria, aburrida, vacía. No le quedaría más remedio que jugar incesantemente a la Play, sólo, en su habitación, o chatear con el móvil, sabe Dios con quien.

David no es un personaje, ficticio, un avatar, creado por mi imaginación para esta disertación. David es real, y hoy está aquí, con nosotros sentado entre ustedes. Entre su madre y su padre, mi amigo, el hermano que nunca tuve, el hombre que cambió mi vida. Miles de personas como David viven entre nosotros y no las conocemos. David podría ser cualquiera de los pequeños hermanos de nuestra Cofradía. No hoy. Pero estoy seguro de que será una realidad muy pronto.

Porque la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno, en su faceta de Hermandad, se muestra cada vez más activa en la práctica de la Caridad. Es cada vez más Hermandad. Y esto debe satisfacernos y comprometernos a todos. Es un camino sin vuelta atrás. La Junta de Seises impulsa esta transformación decisiva para nuestro futuro y nuestra obligación como hermanos es sostenerles, impulsarles, animarles, ayudarles, colaborar en todas y cada una de las iniciativas que se puedan poner en marcha. El ejemplo perfecto de este movimiento es "*Cornetas para...*", una iniciativa de nuestros hermanos de la sección musical de la Cofradía. Fijaos, son los hermanos músicos, los que más tiempo pasan en Hermandad, los que más ven al Señor, cada día en sus ensayos, los que conviven con mayor asiduidad al paraguas de la cofradía son los más viven el concepto de Hermandad. Ellos, por propia iniciativa, por la transformación personal que significa vivir la Hermandad cada día, se han dirigido hacia el ejercicio de la Caridad. *Cornetas para...* es el ejemplo perfecto de la Hermandad en acción. ¡Enhorabuena, hermanos!

La cofradía de Jesús Nazareno es, posiblemente, la fuerza de transformación más formidable que tiene la ciudad de León ¡Somos 4.500!. En el siglo XVII en la Cofradía nos ocupábamos de pagar los gastos de los entierros de los condenados a Muerte y asistir a su entierro. Hoy, los fines son otros, pero no podemos dejar a un lado nuestra responsabilidad. León nos necesita, nuestra sociedad en general nos necesita. ¡Acudamos a nuestro compromiso!

Pero también os digo que, hoy, con la Cuaresma en sus últimos días, es hora de prepararnos para vivir la Gloria. En una semana esta iglesia en la que nos encontramos vivirá un trajín febril. Jesucristo y su bendita Madre bajarán de sus altares para encontrarse con nosotros, los tronos de su divinidad se alzarán y saldrán a buscar a sus devotos; sonarán las trompetas de Jericó y los tambores para alabar al Señor; veremos el milagro que convierte los cardos, los guijarros del Gólgota en mantos de flores que alivien el paso de sus pies cansados. La cera de las velas se derretirá, poco a poco, con el paso del Cordero destinado al sacrificio; Sus cruces se alzarán y el palio de la divinidad proclamará la pureza de la madre.

De forma efímera, durante unas horas, el tiempo retrocederá, se producirá otra vez el milagro, cuatrocientos siete años después del primero, nos olvidaremos de lo que somos y volveremos todos a ser ese niño que fuimos y que, de la mano de su tía, llega a Santa Nonia a tiempo de escuchar el toque de la Ronda.

¡LEVANTAOS HERMANITOS DE JESUS, QUE YA ES HORA!

Ya es hora de que el Olivo de la Oración recorra los balcones de la calle del Hospicio;
Ya es hora de que Judas, con un beso, entregue al Hijo del Hombre;
Ya es hora de que el gallo cante tres veces y lloremos con Amargura;
Ya es hora de que Le coronemos Rey de reyes y Señor de señores;
Ya es hora de que lloremos que, aún hoy, preferimos, injustamente, los barrabases a los justos;
Ya es hora de recordar que fue una mujer (siempre una mujer, la mujer), Verónica, su único consuelo cuando todos Le maldecían y empujaban;
Ya es hora de que se cumpla el Salmo: "*Se repartieron mis vestidos y echaron a suerte mi túnica*";
Ya es hora de que Triana se transforme en León en la Exaltación de la Gloria de Dios;

Ya es hora de caer en la cuenta de que todo se está consumando mientras expira en la cruz;
Ya es hora de que la Agonía de Su Muerte nos traiga la Esperanza pronta de la Resurrección;
Ya es hora de que la calle Juan de Arfe consuele y estrechamente abrace al más joven de sus discípulos mientras camina al encuentro de la Madre;
Ya es hora de que la Mater Dolorosa, que sigue a su Hijo, llorando su Pasión, en el camino de la Amargura encuentre el consuelo en el encuentro con el discípulo amado.

Hermanitos, ya es hora de que los cuatro conventos reciban la visita de ese Dios al que le rezan, en su clausura, a lo largo de todo el año. De presentir, por entre las celosías, las caras risueñas de esas monjas que, habiendo abandonado el Mundo, rezan incansables oraciones, precisamente, por el perdón de los pecados de ese Mundo que las tiene abandonadas.

Ya es hora de sentir el *repeluco*, ese escalofrío leve, pasajero, que te deja pensativo y yerto a Su paso. Ten claro, Hermano, que, en la mañana del Viernes Santo, en León, no es el frío el que te estremece, no es el relente lo que te obliga a encogerte y abrigarte, no es el sereno lo que te pone la piel de gallina y te achica y te amilana. Es que en León ves pasar al Nazareno.

Hermanitos, quedan SÓLO 11 días. YA... ES...HORA! ¡Que sea enhorabuena! Muchas gracias.

Hno. César José Díaz Feo



Cofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno

FUNDADA EN 1611

C/ Santa Nonia nº 24 24003 LEÓN

www.jhsleon.com • jesusnazareno@jhsleon.com • Tfno: 987 263 744